

Biblioteca

ABEL POSSE

El largo atardecer del caminante

 **DEBOLSILLO**

*En memoria de Carlos Barral, símbolo de
aquella Barcelona mágica y subversiva de los
años sesenta, abierta a los escritores que llegá-
bamos de una América crítica y quebrada*

NOTICIA DEL CABEZA DE VACA

Se sabe poco porque sus libros eran para la Corte y el peligroso mundo de aquella España grande y terrible. Por elegancia natural o por una extraña pasión subversiva, se separó del tipo humano del «Conquistador». A pie, desnudo como un indio, desarmado y sin cruces ni evangelios (visibles), se lanzó a la caminata más descomunal de la historia (ocho mil kilómetros a través de lo desconocido) tal vez tratando de demostrarse a sí mismo que el hombre no es lobo del hombre.

Fue el verdadero descubridor de los Estados Unidos, pese al tendencioso interés de los norteamericanos por preferir un descubridor originario de la barbarie nórdica y no católico: La Florida, Alabama, Mississippi, Luoisiana hasta Galveston, Texas cruzando el territorio de la hoy tan populosa Houston, Nueva México, el Arizona hasta la región de Mesa. Entró en México por Sonora y Chihuahua donde se detuvo entre el pueblo de videntes, los Tarahumaras, cuatro siglos antes que Antonin Artaud. Cuando llegó a la ciudad de México se dio cuenta que ya tenía pie de indio: no le entraban las botas.

De regreso (triumfal) a España fue premiado por Carlos V con el cargo de Adelantado y Gobernador del Río de la Plata.

Encuentra un Paraguay con una guarnición militar y religiosa corrompida en las felicidades de la lujuria. Lucha

contra el incesto y la poligamia generalizada. Suprime la esclavitud de los indios. Les dice que «Sólo la fe cura. Sólo la bondad conquista». Lo devuelven a España en cadenas acusado minuciosa y coordinadamente de todos los delitos que cometieron sus condenados. No había entendido que los hombres prefieren a veces el caos y no el orden.

Se sabe que era alto, de músculos correosos, con barba valleinclanesca y aquirotado. Tengo para mí que Cervantes, casi niño, se lo cruzó un par de veces por la calle Sierpes, cuando don Alvar vivía casi sólo de salpicón y tenía raída la señorial boina de terciopelo. (La gente diría: «Ahí va el loco del Cabeza de Vaca».)

Todo hombre tiene sus molinos de viento personales. Los de Cabeza de Vaca fueron la selva paraguaya, los desiertos a los que se hizo buscando más iniciaciones espirituales que tesoros, los vampiros, los curas erotómanos, los leguleyos que saben transformar la ley de la Corona en artero puñal, los mosquitos y sobre todo el mar: cada uno de sus embarques terminó en naufragio.

Henry Miller, que odiaba la retórica de la Conquista, escribió de Cabeza de Vaca que «su iluminación borra las crónicas sangrientas de Pizarro y Cortés».

Era un niño bien de Jerez. Nació rico y feliz (hacia 1490) y murió pobre y solo (pero seguramente enamorado y en Sevilla) probablemente a fines de 1558.

PRIMERA PARTE

Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Alvar Núñez y Cabeza de Vaca, mi nombre resonaba en el espacio de mi celda como un verso homérico, poderoso, alto, claro. En la penumbra del atardecer mis apellidos son como un gonfalon de esos que mueven los *condottieri* bajo el sol de Italia. Desde niño, y tal vez por el orgullo de los relatos de mi madre, la jerezana, quise que mi vida fuese precisamente como colores de seda flameando sobre el gris de la mediocridad.

—Tendrás que elegir: ser buey, o águila como tu abuelo, el Vera que sometió las Canarias... —díjome una vez mi madre cuando yo me reponía del sarpullido febril que suele acometer a todo niño (había omitido recordar a mi padre, sólo se refirió al abuelo terrible). Nunca olvidé esas palabras. Ella me quería fuerte, águila. En realidad no me daba mucho para elegir más que entre los extremos.

Ahora recuerdo la casa en la finca de Extremadura. La mañana fresca y diamantina de invierno. El aire liviano, el cielo como un azul de taza china. Creo ver el perfil de la madre, pero en realidad no lo recuerdo. ¿Cómo era su nariz? Es más presente su voz firme, como escondiendo desesperación y ternura, y su perfume de ropa mantenida entre azucenas y lavandas. A través de la ventana se veían limoneros y naranjos, más allá los olivares parejos sobre la tierra ocre de la provincia dura y seca. Recuerdo que creí

ver ese paisaje durante la gran caminata, entre Sinaloa y Culiacán, cuando volvía del país de los Tarahumaras y me había asomado al conocimiento de la raza primigenia, la raza de los gigantes. Entonces creí ver en el espejismo del aire ardiente del desierto, la figura de mi madre que entraba con jazmines en el patio de la finca. Recuerdo que ella me miró y se rió del «águila»: yo era, sí, un águila. Irrisoria, desplumada, huesuda, reseca por el aire de los páramos. Pero águila.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Ese apellido, que mi madre me hizo vivir desde la infancia como un destino heroico que debía ser cumplido sin vanidad, casi como una necesidad de la que ella no dudaba. De niño mi nombre me impresionaba mucho. Imaginé siempre una cabeza de vaca separada del cuerpo, sólo la cabeza, instalada en medio de un salón. Sería una tremenda presencia. Hay en la cabeza de vaca una imponencia de templo de puro hueso. Dicen que en Oriente la vaca es símbolo del Universo. Aquí, en estas Españas, es distinto.

Soy español, soy andaluz, soy extremeño. En todo caso, hombre de la España profunda. De una casa con más linaje y orgullo que riquezas; aunque siempre hemos tenido en la olla más carnero que vaca. En ella siempre pisó más fuerte mi madre que mi padre, generalmente ausente o indeciso y de quien la servidumbre solía murmurar que no había demostrado estar a la altura del apellido. (Nada más negativo para un hombre que tener que vivir empeñado en alcanzar un destino impuesto o imaginado por los otros.)

En esa finca, más allá del patio de los limoneros, empezaban los regimientos de bíblicos, retorcidos olivos. El tejado y los cobertizos de los jornaleros. La mágica herrería con su fragua encendida en las mañanas de invierno cuando se herraba al percherón. Los viñateros, los labrado-

res. En el reservado primer patio se alzaba la capilla que había mandado edificar mi abuelo, el feroz Pedro de Vera, a su regreso de Canarias y seguramente para alijar pecados.

Teníamos un cura italiano, don Abundio, y un sacristán contrahecho que se decía había sido engendrado por el terrible obispo de Jaén en una de sus correrías. Ellos oficiaban para nosotros solos, para la familia. Se puede decir que de algún modo teníamos un Dios propio. Era el Dios de mi madre (tal vez el mismo Dios que el Adelantado Vera usó en Canarias). Un Dios mucho más cercano del todopoderoso Jehová bíblico que del Cristo crucificado. A este Dios melancólico e inexplicablemente bondadoso con los dudosos seres humanos, no se le hacía el lugar debido en nuestra casa. En la graciosa capilla de adobe que había entre el tercer patio y las huertas, los hortelanos y los palafreneros tenían la posibilidad de volcar su devoción hacia un enorme Cristo de yeso, con su carne de pintura amarilla y sus goterones de sangre bermellón.

Nuestro Dios era el Viejo olímpico y pagano. El Dios del Génesis. Admirable y minucioso creador. Adorador del sinsentido y del absurdo. Más preocupado por los infinitos espacios del cosmos que de las nimiedades de esta Tierra, un planeta sin luz propia. Para ese Viejo sublime la rendición de los hombres habría sido una ocurrencia de su hijo humanista.

Mi madre no vacilaba en repetir una frase del abuelo Vera, el Terrible: «Hay un dios para salvar horteras, hortelanos, rufianes y putas; y un dios para los señores».

Pedro de Vera no había dejado entrar al Crucificado en Canarias. Sólo había exportado el dios terrible, el que le venía mejor a la Corona. Crecí escuchando las historias de sus hazañas. Se decía que ordenaba colgar a los caciques guanches de las orejas y de los pulgares contra el muro ardiente del castillo. Agonizaban hasta resultar sólo pellejos salados por el aire del Atlántico, desgarrados por los bui-

tres. En Canarias se inventó el Imperio Atlántico que hoy goza nuestro nuevo Rey, Imperio donde nunca se pone el sol, como tan atinadamente se dijo. Mi abuelo señaló el camino en Canarias que luego seguirían el genovés y sus hermanos; y Cortés, los Pizarros y todos los otros. Como a las Canarias, a América llegó sólo el dios de los señores. La única cruz que refulgía por allá era la de las empuñaduras de las espadas toledanas.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Náufrago eterno, peregrino desafortunado, caminante. He llegado a viejo y todavía no sé si estoy de parte de Dios o del Demonio. Los años más bien alejan de la sabiduría.

Algunas de estas cosas he tratado de explicarle a la adorable Lucinda. Su curiosidad por mi pasado terminó por encender la mía, y así fue como me fui cayendo hacia adentro de mí mismo, como buscándome de una vez por todas. (Ahora que ya es tan tarde. Tengo sesenta y siete años y por momentos mi yo queda ya muy lejos de mí. Apenas si me recuerdo, ¿quién era Alvar Núñez en aquel entonces?)

Lucinda, la bella, fue quien me recibiera cuando llegué a la nueva biblioteca de la Torre de Fadrique. Fue mucho más agradable encontrarse con su rostro que con la barriga del canónigo. Era un día de revuelo en la ciudad: habían llegado galeones por el Guadalquivir y se había reforzado la Torre de Oro. Señal de que llegaba de América lo único que interesa a estos ingenuos entusiastas. La gente vive como riqueza propia este oro de la Corona. Hablan fuerte, ríen. Ven en el oro su seguridad, el futuro de sus hijos. Es tiempo de pura insensatez. España se indigesta de oro robado: máscaras rituales, aguamaniles, formas de dioses para nosotros, desco-

nocidos, vasos sagrados, collares de princesas vejadas y vendidas como putas a la soldadesca. Hay algo de fatal en todo esto y yo creo que el nuevo Rey, cuyo retrato vi recientemente entronizado en el ingreso de la Casa de Contratación, tiene algo profundamente fúnebre o fatídico. ¿Por qué son tan tristes estos Austrias? Parecen amenazados de una catástrofe inminente, de una atroz locura.

Toda España se está adornando con las vestiduras de dioses muertos.

Asusté a la buena Lucinda con mi título de juez del Tribunal Supremo y le solicité ver esos mapas recientes (habían dibujado uno de las costas de Florida). Me gusta ver cómo los cartógrafos van precisando la forma de tierras que pisé como misterio.

La discusión con el viejo insolente de Fernández de Oviedo me levantó curiosidad por ver cómo sería aquella costa donde pasé tanto tiempo de mi juventud.

Estampé mi nombre en el registro al recibir de Lucinda los rollos. Al leer mi apellido sus ojos se encendieron.

—¡Yo bien conozco a Vuesamercé! —exclamó y enseguida se sonrojó—. ¡Bien que tenemos aquí su libro!

—Mis *Naufragios*, claro. Sólo naufragios y sobran comentarios...

—¡Lo he leído!

Comprobé que casi no me quedaban retazos de vanidad literaria alguna. Eso también era pasado.

Me acomodé en una mesa con buena luz y extendí los rollos de pergamino que fastidiosamente tendían a enrollarse. Traté de seguir con la punta del dedo la casi obscena curva de La Florida. Habían omitido señalar la isla del Malhado. Era como si hubieran negado mi voluntad, como si me hubiesen desautorizado entre el cartógrafo cortesano y el historiador Oviedo. Habían dibujado algunos islotes pequeños cerca de la costa, pero sin anotar el nombre.

Al enrollar el pergamino recordé a Hernando de Soto. Fue mi desafortunado sucesor en La Florida. Al volver del Perú lo hicieron Adelantado (fue uno de los tres capitanes de la matanza de Cajamarca). Anduvo por aquellas tierras de mis andanzas. Iba llevado por los demonios: de crueldad en crueldad. Por fin lo mató un cacique de menor cuantía y sus hombres lograron rescatar el cadáver porque los indios querían devorarlo —devorar así su coraje—. Se impidió esta indigestión, pues su maestro de campo lo metió en un tronco ahuecado, bien enrollado y lo abandonaron Mississippi abajo, bogando dulcemente por el gran río hacia el gran mar por donde había llegado. Los indios se salvaron de comer demonios, de endemoniarse.

Le entregué el rollo de mapas a la moza.

—Volveré otro día con más tiempo —le digo como justificándome. Ella tiene preparado un ejemplar de mi libro y me pide que se lo dedique al canónigo o a la biblioteca. Estaba realmente leído, arrugado en los bordes.

—¿Cómo te llamas?

—Lucía de Aranha. Se escribe con una hache antes de la a. —Hay una vibración de inquietud en su voz porque es un apellido judío. ¿Acaso no se llamaba Arana o Aranha la barragana cordobesa del genovés descubridor? Anoté en la primera página del libro: «A Lucinda de Aranha, en el comienzo de nuestra larga amistad. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el caminante que no llega a ninguna parte». Lucinda ríe y protesta. Durante un instante me quedé mirando mi mano. Es una piel arrugada, con manchas pardas, de viejas quemaduras solares. Es tan desagradable de ver por su flojera como la piel del cogote de los pavos. Entregué la pluma y retiré la mano como con vergüenza. Prometí volver otra vez, con tiempo. Pero Lucinda había leído ya la dedicatoria y protestó:

—Me ha puesto Lucinda en vez de Lucía...

—Lucinda te sienta mejor... —Me mira fingiendo eno-

jarse. Huele bien. Huele como huelen las mujeres antes de ser una hembra. Todavía no nació. Estoy a más de medio siglo de la tirantez y la tersura de su carne.

Volví caminando ni tan despacio como para que quienes me desprecian me consideren un viejo desocupado, ni tan rápido como para impedirme el placer de gozar el atardecer. (Me incomodan los inútiles, enfermos o fracasados que andan siempre por las calles, husmeándolo todo, y que se me acercan para que les cuente cosas de mis marchas y de América. Siempre tengo alguna excusa: «Me esperan en lo de mi pariente Cuéllar», «Mis primos los Estopiñán bautizan una criada». En realidad me gustaría quedarme entre ellos y aliviar unas horas de soledad. En casa cuido las flores, les doy de beber la mejor agua. Tomo mi vaso de vino, recaliento y como las sosas viandas que me prepara doña Eufrosia.)

Las calles de tierra, volviendo de Santa Clara, están hechas un muladar. Hay chicos gitanos, desnudos, que se pelean con los cerdos. Espantoso olor de inmundicia, moscas y perros que ladran famélicos, con los ojos como brasas. Hay tantas moscas para espantar que uno extraña el rabo que tuvieron los primeros hombres.

Emboqué el inicio de la calle de las Sierpes donde cada día aparece una tienda nueva. Al pasar por la fonda Calvillo encontré en una de las mesas de afuera al falso marqués de Bradomín, con sus barbas largas y cenicientas de astrólogo.

Tiene este hombre algo fantástico y desdichado que me atrae. Hay brillo en sus ojos pequeños como agujas, entre burlón y sarcástico. Sin decir nada siento que sabe de mis falsos apuros, del ninguneo que padezco. Escribe incansablemente pero sin mayor fortuna: viajó a la villa y Corte de Madrid sin suerte. Su talento es grandilocuente, esperpéntico. Pese a sus fracasos, su dominio del idioma es insuperable. Toma su invariable copa de xerés con unas aceitunas.